

C. Sáenz Balmaseda

RIOJANAS

POESÍAS



LOGROÑO:

Imprenta y Librería Moderna

1906

66

RIOJANAS

*Propiedad de los Editores.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*

RIOJANAS

POESÍAS

Cesáreo Sáenz Balmaseda



R. 23.889



LOGROÑO:
IMPRENTA MODERNA

—
1906

Al Sr. D. Feliciano Montes

Mi distinguido amigo:

A usted que, á través de los mares, conserva con tanto entusiasmo el amor de la tierra nativa, á la que honra con su nombre y protege con su esplendidez, debo mejor que á nadie dedicar este modesto libro.

Acepte, pues, mi ofrenda como premio á su gran predilección por el suelo riojano.

Cesáreo Sáenz Balmaseda

TIERRA RIOJANA

Tierra riojana

I

Cada cual tiene en su patria
un sagrado rinconcito,
donde están sus afecciones,
sus recuerdos, sus cariños.

El que nació entre montañas
de horizontes reducidos,
apenas sintió en el alma
anhelos de lo infinito,
y aquel rinconcito adora
como el pájaro su nido.

En él con nimios detalles
conoce el suelo bendito
que le sirviera de escena
en sus juegos, siendo niño.

¡Yo soy riojano! Por suerte
nací en este paraíso,
cuyos frondosos vergeles
palmo á palmo he recorrido.

Yo conozco sus montañas
de perfiles indecisos,
y las moles pintrescas
de sus rocas de granito;
las veredas de sus montes,
las curvas de sus caminos

los oteros de sus valles,
los regatos de sus ríos,
el murmullo de sus fuentes
y de sus aves los trinos.

Los recordaba en mis sueños
cuando, errante peregrino,
canté en países remotos
las nostalgias ¡ay! del mío,
donde solo encuentra mi alma
á sus tristezas alivio.

Cuando el tren pasa las Conchas
y aire de la Rioja aspiro,
lo barruntan mis pulmones,
que de ese aire se han nutrido,
y en el ambiente conozco
que ya estoy entre los míos.

II

Auras libres de la Sierra,
que mi cuna habéis mecido,
solar de mis ascendientes,
al cual mis huesos dedico;
tierra de lealtad poblada,
¡oh Rioja! yo te bendigo,
y en tí quiero ver reinante
el bienestar que yo ansío.

Quiero abundancia en tus campos,
fraternidad en tus hijos,
libertad en tus hogares,
igualdad en tus dominios,

dulce frescura en tus valles
y en tus vergeles rocío.

Quiero que vivas con honra
libre en tu propio recinto,
ligada á la madre Patria
por un afecto infinito.

Quiero que vivas la vida
propia de los pueblos dignos,
sin tiranuelos extraños
que humillen tu orgullo altivo,
ni caciques que te impongan
vergonzoso servilismo.



¡RICO SOTO!

¡RICO SOTO!

Hay cierto pueblo en Cameros,
que, un tiempo, de los primeros
fué, por su industria preciada.
Hoy, reducido á la nada,
ya no tiene tantos fueros.

Pero aun conservan sus gentes
algún resto de altivez
de sus días florecientes,
y aun exclaman sonrientes:
¡Dígote que si, pardiez!

Ese pueblo, hoy olvidado,
hijos á la patria ha dado
que eternizan su memoria.
Y aun vive de su pasado
que es un pasado de gloria.

Tiene dichos especiales;
tiene frases y agudezas
y golpes de ingenio tales,

que yo no he visto lindezas
más propias ni originales.

—

Ese pueblo que derrama
tanta sal, Soto se llama,
y no hay grande ni pequeño
que no conozca un soteño:
tal es su nombre y su fama.

—

Pero entre todo lo que
á Soto presta renombre,
un cuento, lectores, sé
que por más que os asombre,
es cierto y lo contaré.

—

Creció el río cierto día
y en su raudal turbulento,
á lo lejos se veía
flotar con gran movimiento
una gran cuba vacía.

—

Un guasón que desde el puente
la crecida contemplaba,
viendo el bulto que flotaba
en medio de la corriente,
así á gritos exclamaba:

—

¡Rico Soto! ¡Que vá llena!
Y animando aquella escena
la gente, con su alboroto,
repetía: *¡Rico Soto*
que ya baja la ballena!



LA CARIDAD DE LOS POBRES

La Caridad de los pobres

I

Sucumbió la infeliz viuda
la más pobre del lugar,
que á fuerza de mil afanes,
ganaba, bregando, el pan
para sí y un mocetillo,
que era su solo ideal.
Abandonada muriera
en un rincón de su hogar,
si no por unas amigas,
que esas no faltan jamás.
Así que tierra le dieron,
llevóse al chico el tío Juan,
que es un buen alcalde y sabe
por sus vecinos velar.
Pero, pasado algún tiempo,
pensó que una boca más
era mucha carga en casa
donde tantas bocas hay.
Llamó al secretario un día
y encargóle de arreglar
las cosas para llevarlo
al Asilo Provincial.

II

Amargas lágrimas surcan
del huerfanito la faz,
al verse entre sus vecinas
cuando á despedirse vá;
y ellas, aun más afligidas,
lloran formando compás,
hasta que una, más resuelta,
sollozando, rompe á hablar:
—«No lo lleve usté á Logroño,
no lo lleve, señor Juan,
donde no encuentre cariño
y le falte libertad;
que no dá amor ni caricias
la caridad oficial.
¡Madres que no tienen hijos,
cómo han de saber amar!
Un jergoncillo de paja
sobra tuavía en mi hogar,
y un asiento en el escaño
y un platito en el vasal,
y un rincón en mi pecho
donde cabe un hijo más.
Vente conmigo, mocete;
ven á mi casa, galán,
que allí estarás como un hijo,
como un hijito estarás.
No te daré golosinas,
ni te podré regalar,
ni ponerte esas magencias

del Asilo Provincial,
pa hacer fila en procisiones
y dir formado al pasiar;
pero te daré, alma mía,
cariño que vale más;
y tan y mientras yo viva,
para tí no ha faltar
ni un puchero de patatas,
ni un zoquetito de pan». —

—Tiene razón la Manuela—
conmovido por demás,
dijo el alcalde, cubriéndose,
casi por rubor la faz.

Ahí te entrego ese muchacho,
pues sé que lo has de cuidar
igualmente que si fuera
de tu misma propiedad.
Y si algún día sus falta
el trabajo, por casual,
vete á mi casa, que abiertas
las puertas has de encontrar.
Y luego, besando al chico,
le dijo: Vaya, rapaz,
á ser bueno y hacerte hombre
pa que puedas trabajar
y ganar el pan que comas,
como hacemos cada cual.

LA CAPA DE BODA

La capa de boda

Eugenio Zaragatín,
que es un hombre chiquitín
con un genio del demonio,
tuvo la ocurrencia al fin
de contraer matrimonio.

En todo pueblo riojano
es, desde tiempo lejano,
costumbre á que nadie escapa,
ir á casarse con capa
en invierno y en verano.

Pero era el caso ¡oh dolor!
que Eugenio no poseía
esa prenda de rigor.
Y por más que discurría
no encontraba, no señor.

Pues no habiendo en el lugar
otro hombre de su estatura,
nadie quería prestar
capa que, por su largura,
se le había de arrastrar.

Al fin, el tío Franciscón
tipo grosero y guasón
con talla de orangután,
la suya, con serio afán,
le ofreció sin dilación.

—

Siendo yo tan alto, dijo,
haciendo mil reflexiones,
le llegará á los talones
y dará lugar de fijo
á bromas y á diversiones.

—

La capa, pues, le prestó,
y apenas se la probó
Eugenio, con gran frescura,
cuarta y media le cortó
para arreglarla á su altura.

—

Apostado en un rincón,
esperaba Franciscón
con otros cuantos amigos
que invitó como testigos
para la broma en cuestión.

—

Más fué su sorpresa tal
al ver á Zaragatín
con capa justa y cabal

que presagiando el mal fin
de su pañosa fatal,

—

—¿Qué has hecho con ella, Eugenio?
preguntó, con queja amarga.
Y él contestó con ingenio:
—¡Tengo yo bonito genio
pa gastar la capa larga!



CARAFOSCA

CARAFOSCA

I

—Dígame usté, madre
¿por qué se le llama
Carafosca á don Juan, si el probe hombre
es como una malva?

Aunque tiene enroscau el bigote
y aquel entrecejo que paice que espanta,
y aquellos ojazos lo mesmo que un loco,
y aquellas costuras debajo la cara,
no es un hombre pa hacer mal á naide
como otris que tienen carita de pascua.
Oiga, madre, lo que hizo ayer tardi
y diga si es esa aición buena ú mala:

II

A un probe muchacho
el hijo del *Zurdo* pegándole estaba,
y como era más grande que 'l otro
lo hartó de morradas.
¡Lloraba el mocete
que daba una lástima...!
Y denguno del corro acudía
á sacalo dentr'aquellas garras.
Si no llega don Juan, yo me creo
que lo hace tajadas.

Pero asin que luchando los vido,
al corro se lanza,
coje al *Zurdo* del cuello con furia,
le pega dos cabes en metá la espalda
y le ice, mirando á la gente:
¡granuja! ¡canalla!
¿Por qué á ese muchacho le pegas asina?
Y ustés, sinvergüenzas, por qué lo dejaban?
Dígame usté, madre, si la aición que hizo
es buena ú es mala.

III

La tarde del jueves, que no había escuela
como otras semanas,
un porción de chicos nos juimos al monte
á cojer anabias.

Lleguemos al Pico, y el hijo del *Zurdo*,
que es pior que una plaga,
cojió cuatro nidos que estaban en chichas
etrás de unas matas.

Llevaba en la boina las probes criítas
que tristes piaban,
y aunque toas abrían la boca,
no les daba ni agua.

Camino del monte, pasiando sus rentas,
don Juan *Carafosca*, como otris le llaman
topó con nosotros de manos á boca
junto á una hondonada,
y nos dice:—¿Onde van los mocetes
con tanta algazara?

Ese triste piar de las crías
¿no sus llega al alma?
Vengan esos nidos:
díme donde estaban.
Como sepa que otra vez los cojes
¡te mato! ¡so randa!—
Dígame usté, madre,
si esa aición es mala.

IV

Ayer por la tarde, después de las víspas
corría la plaza
una viejecita, mucho mal vestida,
pidiendo limosna á tó el que pasaba.
—¡Estoy en ayunas! Gritaba la probe;
y unos se reían y otros se mofaban.
Pero llega don Juan y les dice:
—¿Ustedes se tienen por almas cristianas?
Si no les inspira
piedad la desgracia,
no sean salvajes; que inspiren al menos
respeto esas canas.—
Y le dió una peseta á la vieja
y le ijo que juera á su casa
que allí le pondrían ropitas que sobran
y á la otra le faltan.
¡Qué bueno es ese hombre!
¡Qué honraez tan llana!
El á naide ofende,
él á naide engaña,

él las injusticias
nunca las aguanta.

¿Porquéicen, madre, que D. Juan es malo?

¿Por qué ice la gente que tié mala fama?

—¡Porque no se confiesa, hijo mío!

—¡Caramba! ¡Caramba!



¡QUÉ MANDURRIA!

¡Qué mandurria!

Fueron á la feria de Haro,
montados en sendas mulas,
dos mozos de la Alta Rioja,
pero dos mozos de punta,
de los de faja de seda
y ribeteada blusa.

Más que á vender sus ganados,
iban de jolgorio en busca;
que á los mozos de mi tierra
mucho el pintarla les gusta.

Del café, fueron al baile,
del baile á la timba ó tumba,
que así debiera llamarse
juego que entierra fortunas.

Hartos ya de diversiones,
era el teatro la última
y allí dieron con sus cuerpos,
más arrogantes que nunca.

Entraron de los primeros,
antes de empezar la música,
y después que al contrabajo
quitó el maestro la funda,
al ver aquel armatoste
de tan abultada hechura,
uno de ellos, asombrado,
gritó: *¡Rediez, qué mandurria!*

LA VIÑITA DEL TIO PEDRO

La viñita del tío Pedro

I

En un llequito del monte,
debajo de una ladera,
ayer erial cubierto
de zarzas, cantos y yerba,
puso el tío Pedro los ojos
para labrarse una hacienda.
Dos hijos tiene el tío Pedro
que son más que dos atletas,
y pronto con su trabajo
tornaron jardín las breñas.
Y allí plantó un majuelito
con mucho más de mil cepas
de tempranillo y graciano,
que dá bendición el verlas.
Y de tal modo lo labran
y lo abonan de manera,
que no hay viña más frondosa
que el majuelito en la aldea.
En ella tiene el tío Pedro
toda su esperanza puesta
y sueña en hacerse rico
en llegando la mendema.

II

Pero ha agotado el pobre hombre
sus recursos en la hacienda,
y para vivir le sirve
el majuelo de hipoteca.
El pan lo compra al fiado,
con el sastre tiene cuenta,
no le paga al zapatero,
hace renglón en la tienda,
y á todos tiene el tío Pedro
contentos con la promesa
de que tdo ha de pagarlo
en llegando la mendema.

III

A cuenta del majuelito
hay una envidia en la aldea,
que no falta quien murmure
con intención nada recta:
—¡Que suerte la del tío Pedro!
¡Que *viña* tiene tan buena,
que aun con ser tan pequeñita
vive y triunfa á cuenta de ella!—
Y hay quien añade entre dientes,
dando á sus pasiones rienda:
—Veremos si cobran todos
en llegando la mendema.

IV

Iba coloreando el fruto,

la vendimia estaba cerca
y el majuelo prometía
exhuberante cosecha.
Amaneció una mañana
de pardas nubes cubierta;
cruzó el vacío un relámpago,
y una detonación seca
rompió el seno de la nube
que arrojó tan gruesas piedras,
que dejaron el majuelo
sin un racimo en las cepas.
Su mala suerte el tío Pedro
lloraba con hondas quejas
lamentando los rigores,
de la madre providencia.
—Luche usted tanto, decía,
siempre en continuas faenas,
del sol, del aire y del frío
sufriendo las inclemencias,
para ver en un momento
las esperanzas más bellas
destruídas al impulso
de una nube pasajera.
¡Quién pone sus alegrías
en los frutos de la tierra,
para no poder gozarlas
ni aun llegando la mendema!

CISCO Y LEÑA

CISCO Y LEÑA

Don Francisco Malvavisco
es un modesto empleado,
muy decente, muy honrado;
pero tiene don Francisco
un carácter endiablado.

No hay día chico ni grande
que con su cara mitad
el pobre no se desmande
y el escándalo no ande
por toda la vecindad.

El otro día reñía
con voz tan estrepitosa,
que de la calle se oía,
y todo el mundo decía:
¡Pobre mujer, pobre esposa!

Durante la pelotera
que armaba, hecho un basilisco,
pasaba uno de Viguera
gritando con voz de fiera:

¡Cisco! ¡Cisco!

Esto su furia excitaba,
y á su mujer intentaba
sacudirle la estameña,
cuando otro barbián gritaba:

¡Leña! ¡Leña!

¡SERRANITA DE CAMEROS!

¡Serranita de Cameros!

I

¿Por qué abandonáis los montes
de los nativos hogares,
y más anchos horizontes
buscáis allende los mares?
¡Pobres mozos cameranos!
¿Es ingrata vuestra tierra?
¿Son vuestros esfuerzos vanos
en el suelo de la Sierra?

Ansia de gloria y valer
vuestros cerebros excita.
¡Ay triste de la mujer
recluída en sus linderos!
¡Desgraciada serranita,
serranita
de Cameros!

II

Con los jóvenes se van
las ilusiones más bellas;
y os queda doliente afán,
ansias, celos y querellas.

Ya sé, serranita hermosa,
por qué triste y silenciosa
discurres por los oteros,
como errante tortolita.

¡Desgraciada serranita,
serranita
de Cameros!

III

Juntos, por esas montañas
jugabais los dos de niños.
El busca en tierras extrañas
nuevo sol, nuevos cariños,
mientras tu, flor de la Sierra,
blanca azucena marchita,
abandonada en la tierra
de tus amores primeros,
languideces, serranita,
serranita
de Cameros.

IV

Y sientes hondos desaires
desde que fué á Buenos Aires
el que la paz te arreбата.
Por eso el dolor te mata,
y en anhelos ilusorios,
vas á visitar la ermita
que adorna en Lomos de Orios
la falda de los oteros,
y allí rezas, serranita,
serranita
de Cameros.

V

No sospeches de su dolo,
ni suspires, niña, en vano.
El vendrá, si prometiolo:
que todo buen camerano
ama su tierra bendita
y el aire del Serradero.
Cese, pues, tu amarga cuita
y esos suspiros postreros
y no llores, serranita,
serranita
de Cameros.



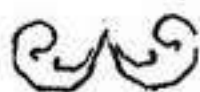
¡ QUÉ BRUTO !

¡QUE BRUTO!

En un pueblo de la Rioja
(hablo de la Rioja baja,
do el nivel intelectual
no es como yo deseara),
un ilustrado maestro
los niños examinaba
con la presencia solemne
de la Junta de enseñanza.

Después de oír la lectura
y de examinar las planas,
— ¡Pasemos á la Aritmética!
dijo el maestro con pausa.

Entonces el presidente
con voz hueca y entonada,
exclamó, dando tres golpes
en el suelo con la vara:
— Déjese usted de *areméticas*,
no queremos feligranas.
A los chicos, ¡cuentas, cuentas!
es lo que les hace falta.



CONSEJO

CONSEJO

Quítate de esa ventana,
no seas tan ventanera,
que la cuba de buen vino
no necesita bandera.
(*Cantar popular riojano*).

I

¡Ay! Cuánto me haces penar,
serrana de mis amores,
con tanto fantasear,
llena de cintas y flores.

Si hemos de amarnos los dos
como Dios manda, serrana
yo te lo pido por Dios:
quítate de esa ventana.

II

Me gusta á mí la mujer
recogidita en su casa,
donde no la pueda ver
el que por la calle pasa.

Por eso, morena mía,
si quieres que yo te quiera,

ni de noche ni de día
no seas tan ventanera.

III

¿A qué tanto ir y venir
para lucir ese talle?
A que tanto presumir
en la plaza y en la calle?

—

Lo que abunda por demás
no tiene sabor muy fino;
y nada se aprecia más
que la cuba de buen vino.

IV

Récogete en el hogar
donde las luces no hieren:
que allí te irán á buscar
los que como yo te quieren.

—

Mujer que á la plaza sale
algo busca ó algo espera.
Quien tanto como tu vale
no necesita bandera.



¡DE VIGUERA!

¡DE VIGUERA!

Por la calle del Mercado,
la más bella de Logroño,
¡Cisco! ¿Quién me compra cisco?
gritaba con aire fosco
un cisquero de Viguera
que tiene cara de lobo.

Asomó cierta señora
por la ventana su rostro
para decirle:

—Buen hombre,
¿Cuánto quiere usted por todo?

—Ocho *riales*.

—*¿Quiusté tres?*

Miró á la dama el buen mozo
y le replicó:—*¿Quiusté
tres patadas en los morros?*



RIOJA

RIOJA

(FRAGMENTO)

Entre rocas y valles se desliza
el Ebro raudo, en álveo cristalino:
al llegar al promedio del camino,
de pronto el curso rápido suaviza;
humilde lame el pie de una montaña
bajo un cielo poético y sereno
cruza las Conchas, y tranquilo baña
el suelo fértil de un país ameno.

Es la Rioja feraz; tierra fecunda,
ceñida de montañas pintorescas,
donde la luz y la alegría abunda
y acarician el sol las brisas frescas.

Jardín florido de la hermosa España,
pintoresco verjel, nido de amores,
que en armonía extraña
animan á la par aves y flores.

De sus abruptas sierras,
que ocultan el metal en ricas minas,
surgen raudales de aguas cristalinas
que fecundizan sus feraces tierras.

Las nevadas vertientes
del cano y magestuoso San Lorenzo,
son humilde comienzo

de frescos ríos y risueñas fuentes,
entre los cuales, de feliz renombre
es el río Oja, que al país dá nombre.
Al rumor de sus ondas transparentes,
arrúllase Ezcaray, y la Calzada,
reina de la llanura dilatada,
ve en torno suyo pintorescos montes,
término de lejanos horizontes.

Por sus hermosos campos corre el Oja
que, abrazado al Tirón, rinde su vida
en la vega florida
de Haro, la gran ciudad, florón de Rioja
de alto renombre y fama merecida.

Derívanse á la par de la montaña
fértiles valles y risueñas vegas;
por ellas se desliza el Najerilla,
en cuya fresca orilla
pulsó, gloria de Nájera y de España,
su lira anacreóntica Villegas.

En la quebrada sierra de Cameros
que de la Rioja el límite señala,
nace el Iregua y plácido resbala
al borde de poéticos oteros,
hasta llegar á la anchurosa vega,
fertil en frutas y en productos varia,
que con sus aguas abundosas riega.
Con una margen besa á Torrecilla,
y contempla la histórica *Vecharia* ⁽¹⁾
de la otra margen en la opuesta orilla.

(1) La actual villa de Viguera.

Nalda y Albelda, de árabe factura,
miran en sus cristales
reflejos de la espléndida verdura
de sus frondosos árboles frutales.
Con ellas la simpática Alberite
en galanura y esplendor compite.

Digno remate del extenso llano,
que hasta los mismos pies del Ebro llega,
álzase con aspecto soberano
Logroño, á quien llamó Lope de Vega
en lejanas edades,
Gloria de España, honor de las ciudades.

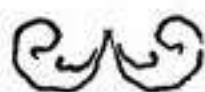


¡AQUELLOS TIEMPOS!

¡ Aquéllos tiempos !

Hace ya bastantes años,
bastantes años sin duda,
cuando andaba por la Rioja
casi tirada la fruta,
pues, fábricas de conservas
había apenas alguna,
un pobre á comprar tomates
llegó á un puesto de verduras.

Después de manosearlos,
—¿A cómo valen? pregunta.
A ochavo, — dice la dueña.
Y el pobre, con faz adusta,
váse murmurando: *¡A ochavo!*
¡Ya se bajará la furia!



Precio: 0'50 pesetas.

COLECCIÓN MODERNA

Primer tomo